

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LAS REJAS DE HIERRO

POR
MARGARET MILLAR



Lucille Morrow, la protagonista de «Las rejas de hierro», era una mujer feliz. Segunda esposa de un médico acaudalado, vivía con su cuñada y sus hijastros. Un día al recibir un extraño paquete, desaparece inexplicablemente. Es hallada días después, totalmente desquiciada y con un miedo rayano en la locura. Es recluida en un sanatorio. Al investigar la causa de su huida, el inspector Sands sigue un largo rastro que le conduce a un abismo de horror. Una vez más, Margaret Millar, maestra del suspense, nos transporta por un camino alucinante, manteniendo la intriga hasta el final.

Para Frances MacNaughton

Dramatis Personae

Familia Morrow

ANDREW MORROW, doctor ginecólogo.

MILDRED, su primera esposa.

POLLY, su hija.

MARTIN, su hijo.

EDITH, su hermana.

LUCILLE, su segunda esposa.

ANNIE, sirvienta.

DELLA, sirvienta.

GILES FROME, teniente, novio de Polly.

Departamento de Homicidios

SANDS, inspector.

BASCOMBE, inspector.

HANNEGAN, inspector.

D'ARCY, sargento.

KIRBY, policía.

Sanatorio de Penwood

DOCTOR NATHAN, director.

DOCTOR LAVERNE.

DOCTOR Goodrich.

SEÑORITA SCOTT, enfermera.

SEÑORITA PARSONS, enfermera.

SEÑORITA EUSTACE, enfermera.

CORA GREEN, enferma internada.

MARY FILSINGER, enferma internada.

BETTY FILSINGER, enferma internada.

SEÑORA HAMMOND, enferma internada.

SEÑORITA SIMS, enferma internada.

Otros personajes

DOCTOR SUTTON, forense.

EDWIN EDWARD GREELEY, ex-presidiario.

BILL, barman del Hotel Allen.

SUSIE, prostituta.

BETTY FLACK, peluquera.

JANET GREEN, hermana de Cora.

GEORGE DANVERS, primer marido de Lucille.

La acción transcurre en Toronto (Canadá).

Primera parte

LA CAZA

1

El sueño empezó de una manera tranquila. Ella y Mildred se hallaban en una habitación, y Mildred estaba encogida en una silla, escribiendo.

—¿Qué escribes, Mildred? —dijo Lucille—. Escribes, ¿qué escribes?

Lentamente, como si soñara, Mildred sonrió.

—Nada. He acabado; ya he acabado —y se levantó y por la ventana salió a la nieve.

—No debes salir vestida de ese modo, Mildred. Te enfriarás.

—No... Me voy... Ya he terminado...

—No, ya está oscuro y nieva.

Sin embargo, ella fue alejándose inexorablemente, sin dejar ningún rastro, ninguna sombra.

—¡Vuelve, Mildred! ¡Tienes abierta la cabeza por detrás!

—No...

—Te mana sangre. Mancharás todo el parque.

—Me voy —repitió Mildred con un grito, aunque suavemente—. Adiós, querida. Adiós, Lucille.

Continuó caminando entre los árboles, y hacia arriba, más allá de las colinas. A cada paso se la veía más y más pequeña, y sin embargo, cada vez más distinta, como si ni el tiempo ni la distancia tuvieran el poder de enturbiar los detalles. De vez en cuando, se volvía y siempre sonreía, como si fuera una muñeca.

—¡Muñeca! —gritó Lucille—. Muñeca...

—Me voy. —La respuesta llegó como un susurro, pero diáfana—. Adiós, adiós, querida.

Se alejaba caminando eternamente. La sangre le manaba, y sonreía, y cada vez se la veía con más claridad.

Lucille se despertó sofocada, enferma de horror ante aquella pequeña cosa que se movía en su mente, apenas más grande que un dedo, que una cerilla, que un alfiler. Sin embargo, Mildred hacía ya dieciséis años que había muerto.

En algún lugar lejano, la campana de una iglesia tañó con el sonido dominical de la ciudad. De pronto se preguntó qué pensaría Andrew si entraba y la veía tal como estaba, encogida delante de la ventana, escrutando la nieve por si veía a su esposa muerta.

Se levantó y se volvió, y se vio en el espejo. Había olvidado que allí estaba el espejo, y por un instante, antes de que tuviera tiempo de verse el rostro, le pareció ver a una extraña, a una dama en el espejo, apenas joven, que llevaba una bata azul, con el cabello de un rojo dorado que le colgaba por los hombros en dos trenzas espesas. Se detuvo a contemplar a la extraña, casi sonriendo porque, en definitiva, sólo era un juego, aunque también un poco inquieta, porque los juegos no sólo eran juegos, y Andrew decía que siempre tienen una causa. Era posible, en fin, que al cabo de quince años, era así como ella se veía, como una extraña en su casa, que visitaba al marido de otra y a los hijos de otra.

—¡Qué tontería! —exclamó en voz alta; y se dirigió rápidamente hacia el espejo, y la extraña se movió y se hizo más grande y se convirtió en ella misma—. ¡Qué tontería!

El tono de su voz era el mismo que empleaba con Andrew y los niños, medio severo, medio humorístico, completamente comprensivo. La voz decía: «Sonrío, pero lo digo de verdad». Su sonido le era tan familiar que automáticamente el rostro que hablaba se le formó. Los ojos perdieron aquel aspecto de ansiedad forzada y se convirtieron

amables e inteligentes; su boca, llena y decidida, se suavizó y una ceja se enarcó un poco.

«Ahora está mejor. Así es como soy de verdad. Ésta soy yo. Lucille Marrow».

Mildred volvía otra vez a no tener importancia, a pesar de que su retrato seguía colgado en el comedor y de vez en cuando surgía en sus sueños. «Una clase de muñeca gorda hecha de jabón», pensó Lucille. Como algo blando y pegajoso que no pudiera desprenderse de las manos...

Cogió un peine y se puso a peinarse vigorosamente el cabello. A cada pasada, el sueño retrocedía y la muñeca iba haciéndose más confusa y más diluida.

El momento de inseguridad había pasado dejándola con un sentimiento más consciente de posesión. Aquélla era su mano, su peine, su casa, su marido que silbaba en la habitación de al lado. Sólo los niños pertenecerían siempre a Mildred. Por amor a Andrew, Lucille se había esforzado en quererlos y que ellos la quisieran. Pero seguían siendo los hijos de Mildred y nunca se sentía segura en su presencia; lo único que podía conseguir era un armisticio.

Sin embargo, ya no eran tan pequeños. Polly se casaba aquella semana, y algún día Martin se casaría, y ella y Andrew se quedarían solos en la casa. Con Edith, por supuesto, pero ésta no contaba.

Su mano se detuvo. Miró el espejo y vio el futuro que se extendía delante suyo: una larga alfombra de terciopelo rojo cubierta con una marquesina.

Se levantó de prisa y se recogió el cabello en una corona alrededor de la cabeza. Como una reina se movió por el vestíbulo, con orgullo pero con cuidado, como si quisiera probar el grosor de la alfombra roja de terciopelo y medir la alzada de la marquesina. Bajó la escalera recreándose con el sonido que hacía el vestido cuyo interior era de seda espesa, que la seguía con murmullos deliciosos, como un amable servidor.

En el piso, una puerta se abrió y la voz de Andrew gritó:

—¡Lucille! ¡Espera un minuto, Lucille!

Ella se detuvo al pie de la escalera.

—¿Qué ocurre, Andrew?

—¿Qué se ha hecho de mi bufanda?

Lucille se reprimió el impulso de decir: «¿Qué bufanda?». Dijo:

—Todas las bufandas están en el cajón de tu tocador.

—Todas menos ésa, y ésa es la que tengo que ponerme.

—Naturalmente.

—¿Qué dices?

Lucille levantó la voz:

—Digo: naturalmente, que la que has de llevar es la única que no está.

—No es eso, mujer —gritó Andrew—. La que quiero ponerme es una que...

—Muy bien —respondió Lucille, sonriendo—. ¿Cómo era?

—Azul. De un azul oscuro con puntitos grises. —Fue hasta el principio de la escalera y gesticuló—: Puntitos grises así.

Era un hombre alto, de cabellos grises, que ya bordeaba los cincuenta años, aunque se conservaba esbelto y aún tenía los movimientos rápidos y vigorosos que caracterizaban a su hijo Martin y a su hermana Edith. Sus facciones eran delgadas, casi delicadas, pero tenía los ojos grandes, amables y castaños, que le daban a su cara una expresión de buena fe y que le habían producido, más de una vez, algún disgusto con sus pacientes femeninas. Como la mayoría de los hombres con sentido del humor, cuando se esforzaba en hacer ver que estaba enfadado, lo exageraba. Dirigió una mirada feroz hacia el final de la escalera, a su mujer.

—Alguien me la regaló el año pasado por Navidad —manifestó.

—Fui yo —contestó Lucille serenamente—. Y no es azul, sino negra. ¿Has mirado debajo de la cama?

—Sí.

—¿Por qué, Andrew? ¿Por qué siempre empiezas primero por mirar debajo de la cama cuando buscas una cosa?

—Es lo más lógico. Allí caben muchas cosas. Lucille, ¿quieres subir y...?

—No, no quiero subir —replicó Lucille—. Si subo y te la encuentro, aún te enfadarás más.

—Te prometo que no.

—No. —Se volvió tranquilamente y se fue, al mismo tiempo que le decía por encima del hombro—: Mira en el guardarropa de cedro del vestíbulo.

Sin escuchar los gruñidos de desesperación de Andrew, entró en el comedor.

Edith y Polly estaban almorzando. Edith se untaba de manteca una tostada, con los gestos precisos y desdeñosos del que considera el comer como un mal necesario, y que cuanto antes se termine, mejor. Polly fumaba, tenía una taza de café delante suyo, y miraba por la ventana con ojos de sueño.

—Buenos días, Edith —dijo Lucille. Se agachó por encima de la silla de Edith y las mejillas de las dos mujeres se rozaron brevemente. Era la costumbre de hacía mucho tiempo. Sé querían, aunque de una manera seca y expeditiva, porque tenían la misma edad y estaban interesadas en la misma cosa: Andrew—. Buenos días, Polly.

—Día —murmuró Polly sin apartar los ojos de la ventana.

—Buenos días —contestó Edith—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien.

—Mejor que yo, entonces. —Tenía la voz tan alta y aguda que parecía a punto de convertirse en un alarido histérico o de romperse con un sonido de muerte como la cuerda de un violín. Cada año, a Lucille le parecía que la voz de Edith se hacía más aguda, que el violín estaba cada vez más tirante y que sonaba en un sutil y siniestro *obbligato* ante las observaciones más habituales.

—¿Qué era todo ese griterío? —preguntó Edith—. Si quieres más tostadas llama a Annie. Le he dicho que tuviera hechas. A veces, pienso que a Andrew le gusta gritar sólo por el gusto de hacerlo.

Lucille se sentó, sonriendo, desplegó la servilleta y dijo:

—Es posible.

—Le he visto en su consulta muy sereno y amable, y cuando llega a casa aúlla. Te digo que realmente aúlla.

—Es que no encontraba la bufanda que quería ponerse —intercedió Lucille.

Se sentía de pronto y bruscamente feliz. Tenía ganas de reír ruidosamente. Sentía que la risa se le formaba en la garganta y tuvo que contenerla. No podía explicar a Edith ni a Polly que tenía ganas de reír porque aquel comedor estaba caliente y bien iluminado, porque afuera había empezado a nevar, porque Andrew no podía encontrar una cosa y había mirado debajo de la cama...

Miró a Edith y a Polly y, por un minuto, las quiso mucho, porque se sentía muy satisfecha de ella misma y de la vida tranquila y feliz que había sabido hacerse de la nada. «Os quiero, hijitos, os quiero. Puedo permitirme quereros porque tengo todo lo que deseo y ninguna de las dos podéis privarme de lo que tengo».

—Andrew no ha sabido nunca encontrar nada —reprochó Edith—. Y cuanto más cerca lo tiene, más le cuesta encontrarlo. Supongo que debe de ser algo psicológico.

Polly se movió un poco:

—¿Qué? —dijo—. No, no es necesario que me lo expliques.

—Lo de encontrar las cosas —dijo Edith—. Supongo que Freud diría que sólo se encuentran las cosas que se tienen ganas de encontrar de verdad. Hay gente que tiene un don maravilloso para encontrar dinero. En Nueva York hay un hombre... Polly, sería *más agradable* que te sentaras más derecha.

—¿Por qué? —preguntó Polly.

—Parece como si tuvieras el espinazo torcido, del modo como estás, tan encogida.

—No estoy encogida, estoy relajada.

—La mesa no es lugar para estar relajada.

—Muy bien —respondió Polly sin resentimiento; y se desenroscó de la silla.

Estuvo un minuto bien *derecha* y después puso los codos encima de la mesa y sostuvo la cabeza con las manos. Los largos cabellos negros le colgaban sedosamente sobre las muñecas.

—¡Hija mía! —exclamó Edith, con afectuosa exasperación.

Lucille no dijo nada. Había renunciado hacía tiempo a educar a sus hijastros, e incluso cuando estaba especialmente enojada con alguno de ellos tenía suficiente fuerza de voluntad para abstenerse de todo comentario. Siempre había procurado ser justa con ellos y cuando estaban en desacuerdo con su padre, en seguida se esforzaba en ponerse de su parte, en contra de él. Pero a pesar de sus esfuerzos, ellos siempre se le mostraron apartados y recelosos.

«Debía de ser porque estaban en una edad difícil cuando me casé con Andrew —meditó Lucille—. Polly sólo tenía diez años y Martin doce, y los dos amaban tanto a Mildred...».

«Mildred», pensó Lucille, y sintió que la risa que tenía en la garganta se había evaporado como las burbujas de una bebida desbravada.

—Aunque yo no me dejo llevar —dijo Edith sentada bien derecha en su silla—, no me molesta que los otros lo hagan en el momento oportuno. Depende de la personalidad, si podéis o no podéis hacerlo.

—Mildred —declaró Lucille—. Mildred tenía una personalidad muy serena.

Hacía años que no había pronunciado el nombre en voz alta, y ahora no tenía tampoco ganas de hacerlo, mas las

palabras le habían salido solas. Ese instante de completa felicidad se había desvanecido. Era como si el comedor brillante y caliente se la hubiera llevado y la hubiera engañado, y ahora ella tenía que lanzarle un cadáver como venganza.

—Sí, tenía esa personalidad —reafirmó brevemente Edith—. E incluso pienso que habrías de tener un poco más de cuidado para no...

—Ya lo sé —respondió Lucille confusa y consciente de la mirada dura y fija de Polly—. Me sabe mal.

—Justamente hoy —adujo Edith.

—Me sabe mal, Edith.

—Estoy contenta de que lo sientas. Hoy precisamente no es necesario que nos hagan pensar en cosas desagradables. Hemos de producir una buena impresión al señor Frome.

—Al teniente Frome —dijo Polly—. Y no es preciso que os asustéis por lo de la impresión. Hace semanas que yo ya se la he producido.

—De todos modos, somos tu familia, nena.

—No es contigo con quien va a casarse.

Edith se puso colorada y replicó confusa:

—Ya sé que no se casa conmigo, y también sé que nadie se ha casado tampoco, si es eso lo que has dado a entender.

—¡Bah, mujer! —exclamó Polly; y se levantó y dio un rápido beso en la mejilla de su tía—. No quería decir eso, en absoluto, tonta. Quería decir que no puedo sufrir que hagamos comedia, y que a Giles le ocurre lo mismo. Quiero que hoy sea un día como todos los demás. Giles se encogería y se moriría si pensara que alguien se pusiera solemne por el hecho de que él viniera.

—Sí que es susceptible —profirió molesta Edith.

—No lo sabes bien. Y por eso me gusta que haya tropezado conmigo. Yo, apenas lo soy. —Puso el brazo alrededor de los hombros de su tía y le susurró a la oreja—: Es una

suerte que no sea impresionable, porque si no, ¿cómo hubiera podido resistir tus constantes reproches?

—¿Yo, reproches? —Edith se quedó boquiabierta—. ¡Qué cosas dices! ¡Como si alguna vez se me hubiera ocurrido hacerte reproches!

—¡Por supuesto! —dijo riendo Polly—. ¡Y sermones y todo!

—¡Qué cosas dices! No sé cómo tienes tanto atrevimiento...

—Confíesalo, confíesalo ahora mismo o te haré cosquillas.

—Haz el favor de sentarte inmediatamente y deja de decir tonterías. —Edith se alisó el cabello alborotado y se calmó un poco—. Sé que te gusta gastar bromas sin sentido. Eres peor que Martin. Como si alguna vez sermoneara. ¿Lo he hecho alguna vez, Lucille?

—Nunca —contestó Lucille, sonriendo.

—¿Oyes, Polly?

Pero tan pronto como Lucille se introdujo en la conversación, el semblante de Polly cambió. La cara perdió toda expresión, los ojos se fijaron fríamente en Lucille, y ésta leyó: «¿Comprendes lo bien que estamos sin ti? Por eso, todos estos años nos has estorbado».

—Yo no creo en los discursos —manifestó Edith—. Encuentro que la lengua es uno de los órganos con que la gente más abusa.

—¡Claro! —contestó Polly como ausente; y se acercó a la ventana y sus hombros cuadrados se siluetearon al trasluz.

Lucille la miró y de nuevo captó la diferencia que existía entre Polly y el resto de la familia. Había algo compacto, de tozudez, de intransigente e incluso en su complexión. Era más bien baja, y a pesar de ser delgada, producía una impresión de solidez y permanencia. No gastaba su energía sin objeto y sin ton ni son, como Martin y Edith. Se movía con una especie de competencia perezosa y lo hacía casi